

GUERRA DEL NORTE

—
COOPERACIÓN DE LAS NACIONES AMIGAS

GUERRA DEL NORTE

COOPERACIÓN DE LAS NACIONES AMIGAS

Entre los acontecimientos que aparecen en medio del sacudimiento profundo de nuestro edificio social, y que pasan y se devoran con una espantosa rapidez obedeciendo á la ley de todas las revoluciones, uno solo hay que ni el tiempo ni la Revolución ha devorado, y que lucha y se engrandece con el tiempo y con la Revolución. Este acontecimiento es la guerra del Norte; guerra nefanda, porque es guerra fratricida; guerra enconada y peligrosa porque es guerra civil. Nuestros ojos la miran con espanto, y los ojos de la Europa con escándalo y horror. Ella sola ocupa todo el estadio político, ha invadido la arena parlamentaria, fatiga la Prensa periódica, y como un espectro que vagara entre vapores de sangre, empaña el brillo de nuestra aurora, disipa lentamente el halago encantador de nuestras más bellas esperanzas y el mágico porvenir de nuestras más gratas ilusiones.

Colocada la nación española en situación tan lamentable merced á errores sin cuento y á lastimosos extravíos, sólo de tres maneras puede arrancar de su seno el cáncer que la devora. Puede alzarse en masa y ocupar el antro del monstruo lanzándole allende los Pirineos; puede aceptar la mano amiga que dos naciones generosas la ofrecen, ó puede abdicar su nacionalidad y su independencia en manos del pueblo fuerte que la rescate del yugo de D. Carlos, cambiándole por su yugo. De estos tres caminos, el primero conduce á la gloria y á la felici-

dad; el segundo á la felicidad, y el tercero á la ignominia. La nación puede elegir entre ellos, porque, gracias á Dios, mi Patria es señora todavía de su destino. Si se verificara en este momento la aparición de la nación española en la escena política y en el mundo social; si, haciendo retroceder la corriente de los siglos, nos encontrásemos de repente en la infancia de las sociedades, la elección no podía ser dudosa: nos lanzaríamos como un solo hombre sobre las montañas de Navarra, que serían antes de mucho, ó el altar en donde entonásemos mil himnos de victoria, ó el sepulcro glorioso en donde se encerrarán las espadas de nuestros adalides y las cenizas de un pueblo. Porque tal es la ley de las sociedades que nacen: aisladas en el espacio, se encuentran solas enfrente de su enemigo; en vano buscarían apoyo fuera de su mismo seno; por eso la Providencia ha colocado en su corazón la fe, único fundamento de su esperanza; por eso hace latir su pecho de entusiasmo, única antorcha que las guía.

Pero la fe y el entusiasmo duermen en nuestros corazones cuando comienza á brillar en nuestro horizonte el astro de la razón ¹; y cuando, andando los siglos, rayan en su virilidad los pueblos, entonces concluye el período espontáneo y principia el período reflexivo de las sociedades humanas ²; entonces se organizan lógicamente, entonces se conocen, se saludan, nacen los tratados, reconocen la soberanía de la inteligencia en la soberanía de ciertos principios, viven con una vida común y luchan unidas y por el común provecho en un mismo campo de batalla. En este período de la Historia, un levantamiento en masa, aun cuando sea posible, no se verifica jamás sin espantosas convulsiones que, turbando el temperamento del cuerpo social, le condenan á muerte tal vez, y ciertamente á la anarquía. ³

Tal es el estado de la Europa, y tal la situación de la Espa-

¹ La razón ha brillado desde el principio del mundo: los primeros hombres no fueron salvajes.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

² Eclecticismo cousiniano puro, del todo fantástico y gratuito.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

ña. Nosotros no combatimos solamente por nuestro porvenir; combatimos también por el porvenir de la civilización en el mundo; razón será que tome parte en nuestra contienda el mundo civilizado: al lidiar por nosotros por sí lidia, y puesto que vivimos con una vida común y elevamos al Trono unos mismos principios, quede abierto el palenque para todos, porque no puede humillarnos la nación que combata á nuestro lado cuando por sí misma combate y por [su causa pelea. El Gobierno que rechazara los auxilios de nuestros aliados y que para salvar á la nación entregara á la [merced de las masas populares esta sociedad estremecida, sería un Gobierno estúpido que, sin inteligencia de su misión y sin inteligencia de la Historia, pretendería salvar á una sociedad viril por los medios que salvan á una sociedad infante, y que gobernaría á una gran nación en medio de la Europa civilizada como un adorador de Odino á una tribu salvaje en medio del desierto y debajo de sus tiendas. Nuestro Gobierno, por fortuna, ha declarado á la faz de España y de la Europa que ni ha rechazado, ni rechaza, ni rechazará la cooperación de las naciones amigas, que por su parte no pueden negarse á ella sin faltar á la religión de su palabra y á la fe de los tratados.

Esta declaración solemne, hecha en la tribuna nacional, no es una decepción; los hechos abonan las declaraciones, porque lo que nuestros oídos escucharon, nuestros ojos lo confirman; vuélvanse si no hacia nuestras provincias del Norte y hacia los campos de Navarra; regados los verán de sangre, y esa sangre no es toda española, que también se derrama de las venas de nuestros generosos aliados.

Hallándose tan conformes las intenciones del Gobierno con el voto nacional, y satisfaciendo tan cumplidamente en este punto nuestras necesidades sociales, no puede concebirse la oposición violentísima que de parte de los más briosos campeones de la cooperación experimenta; y cuando en la bandera del Gobierno se ve escrita la palabra cooperación, y en la bandera que la combate se ve escrita esta misma palabra, la na-

ción española no podrá comprender este combate insensato. En vano se dirá que los adversarios políticos del Gobierno pugnan por conseguir una cooperación más activa; porque, prescindiendo de que sólo el Gobierno puede juzgar del grado en que la cooperación es necesaria, no puede presumirse que el Gobierno que reconoce el principio, quiera que este principio sea estéril por falta de la extensión suficiente en sus aplicaciones legítimas. Un artículo remitido á *La Abeja* y publicado en su número 726, artículo que es pálido en sus formas, estéril en su fondo y á todas luces indiscreto, revela á la nación lo que por dicha ignoraba.

En él se dice que España tiene un General que ha hecho renacer en nuestro ejército *aquel pundonor, aquella noble emulación que con orgullo se nota y advierte entre los jefes, oficiales y soldados; que ha inspirado á todos tan ciega confianza, que el anuncio de una marcha es la esperanza de un nuevo triunfo*. Y á renglón seguido leemos: "*Entreguémonos, pues, á discreción en sus brazos* (mis lectores creerán que el articulista alude á los brazos del General de nuestro ejército; pero si tal piensan se engañan groseramente, porque alude á los brazos de nuestros aliados), *y fíemos nuestra futura suerte á la generosidad de estas dos naciones.*" (La Francia y la Inglaterra, etc.)

El velo está descornado: importa poco que lo esté por un inhábil escritor y por una mano imprudente. Sí, el velo está descornado; hombres hay que, nacidos en nuestra España, y testigos no ha mucho tiempo de sus glorias, invocan hoy con el nombre de cooperación, no la ayuda ajena, sino su propia ignominia; hombres hay que, lacerando el seno de esta nación sin ventura, quieren robarle hasta su porvenir, entregándola á discreción de un tutor inexorable como un pupilo demente; hombres hay tan sin piedad que, siendo sus propios hijos, quieren desceñir de su frente la corona de una Reina y oprimir su cuello con la argolla de una esclava. Esta es la cooperación que piden: no la tendrán; porque ni nuestros generosos y fuertes

aliados quieren absorber en su seno nuestra nacionalidad, necesaria para el equilibrio del mundo, ni la nación española renunciará á su existencia recibiendo de ellos, no la mano de amigos, sino la mano de señores. Consientan en su oprobio las naciones para quienes no ha brillado jamás el astro de la gloria; pero este astro brilló con vivísimo resplandor no ha mucho tiempo en nuestro horizonte político, y su recuerdo vive siempre en la memoria como en el corazón de todos los buenos españoles.

Habrá cooperación, sí; pero cooperación en que ni nos humille lo que demos, ni nos humille lo que recibamos. Habrá cooperación; porque, en el estado político y social de Europa, la cooperación es el único medio, tan seguro como honroso, de poner término á las discordias civiles sin deshonor para los pueblos, sin peligro para sus instituciones: habrá cooperación; pero no veremos abatida la enseña de Isabel, no profanará el extranjero el tabernáculo de nuestra independencia ni el templo de nuestra libertad. El Gobierno no debe hacer un llamamiento á las masas, porque este llamamiento es propio sólo de las naciones que nacen; pero hará un llamamiento á sus aliados, porque este llamamiento es propio de las naciones que crecen, al mismo tiempo que rechazará con indignación ese abandono estúpido de su porvenir y de su nacionalidad, abandono que es propio solamente de las naciones que retroceden y expiran.—*Un amante de la libertad y de la independencia de su patria.*